

¿Cómo contribuyen las teorías de la actividad situada al desarrollo de las teorías de la actividad?

Pues bien, lo primero que corresponde decir es que **los enfoques de la cognición y la acción situada intentan proveer una teoría sobre la *organización de la acción* antes que caracterizar un particular tipo de acción**. Más específicamente, abordan las relaciones de determinación entre el sujeto y la situación, entre lo externo y lo interno: ¿donde debería situarse la *organización de la acción*? Conein y Jacopin sostienen que en los “movimientos situados” la organización de la acción es entendida como un sistema **emergente** in-situ, a partir de la dinámica de las interacciones. El significado de *emergente* cambia según distintas tradiciones teóricas.

1) El enfoque “interaccionista”.

Para Goffman (uno de los representantes de este enfoque), cuando los participantes de una situación están en contacto físico inmediato entre sí, contribuyen juntos a la misma definición global de la situación. Esta definición de “situación” es heredada del *interaccionismo simbólico*. ¿Por qué se define la situación como nacida de la interacción? La respuesta, probablemente, surge del debate sociológico que enfrenta a la *sociología funcionalista* (Durkheim o Parsons) con la *sociología interpretativa* (uno de cuyos representantes destacados es H.G.Mead). Mientras los funcionalistas argumentan que las estructuras sociales tienen peso en la conducta de cada persona por medio del rol restrictivo de las reglas, la sociología interpretativa insiste en que la sociedad es producida por la conducta de los agentes. El interaccionismo simbólico, particularmente, entiende que la sociedad es algo que es vivido aquí y ahora, en las interacciones cara-a-cara y mediadas, que conectan a las personas entre sí. Dice Denzin: “La sociedad, como interacción, es un fenómeno emergente”. Las estructuras sociales siguen a la interpretación, y el orden social es producto de una “improvisación bien ordenada” (Mead). Así, los individuos crean el mundo por medio de sus interacciones (Blumer). La etnometodología llevará esta postura interaccionista aún más lejos: la hipótesis de la sociología positivista que sostiene que actuamos en respuesta a un mundo social objetivamente dado, es reemplazada por la hipótesis que sostiene que nuestras prácticas sociales cotidianas hacen que el mundo sea mutuamente inteligible.

L Suchman fue probablemente quien acuñó inicialmente el término “**acción situada**”. Suscribiendo en lo fundamental el enfoque interaccionista, estableció un paralelo entre las normas de la sociología funcionalista y los planes de la psicología cognitiva computacional. Ambos suponen la existencia de un inmenso background de afirmaciones y presuposiciones al cual responden nuestras actitudes y acciones. De todos modos, Suchman afirma que ninguna de ellas es responsable por la ejecución de la acción. Por cierto, cuando se le pide a los sujetos que ofrezcan el background de sus acciones, descubrimos que no están disponibles y que, por el contrario, deben generarlo. Suchman deduce que el plan es engendrado racionalmente para justificar la

acción realizada, pero no es necesario para su ejecución. Fundamentalmente porque no importa hasta qué punto el agente planeé y prevea diferentes alternativas para elegir en cada momento, realizar la acción no puede limitarse a ser la simple ejecución de un plan. Es necesario adaptarse a las circunstancias, enfrentar las contingencias, y actuar en el momento oportuno para sacar provecho de las oportunidades. Por tanto (escribe Suchman) he introducido el término “acción situada”. El término sugiere que todo curso de acción depende de un modo esencial de las circunstancias materiales y sociales. En vez de interesarse por la acción en abstracto, aislada de sus circunstancias, y de representarlas como un “plan racional”, el foco está puesto en estudiar cómo la gente usa sus circunstancias para lograr realizar “acciones inteligentes”.

En síntesis, el “plan” es o bien un recurso (cuando es producido antes de la acción) que juega un rol orientador, o bien es producido a posteriori como reconstrucción que persigue convertir a la acción en objeto de reflexión luego de haber sido ejecutada. Es decir, no da cuenta de la acción en curso. La acción emerge de las circunstancias.

¿Si no podemos dar cuenta de la ejecución de la acción en base al conocimiento existente (psicología cognitiva computacional o normas de la sociología funcionalista), que es lo que nos permite dar cuenta de la acción?

Suchman señala a la comunicación verbal como el prototipo de un enfoque contextual sobre la acción, alineada con la postura de Schutz de acuerdo con la cual nuestra comprensión compartida de la situaciones es en gran parte debida a la eficiencia del lenguaje, “el medio tipificador por excelencia”. Hay dos dimensiones que dan cuenta de la contextualización de la acción:

- **La “indexicalidad” del lenguaje**, que se refiere al hecho de que una expresión toma su significado de las circunstancias en las cuales es presupuesta (una expresión tal como “la gran manzana”, significa “New York” si la utilizamos estando en Manhattan), o de aquello que es indicado o percibido (como en el caso de los adverbios demostrativos). La indexicalidad, por tanto, se refiere al hecho de que el lenguaje tiene una fuerte dependencia contextual que el sujeto explota.
- **La reflexividad de toda acción con propósitos**, lo que significa que el lenguaje define el marco de la acción. El lenguaje situado no solo está enraizado en la situación, sino que en gran medida constituye su situación de uso. En contraste con el paradigma normativo (donde el lenguaje vehiculiza convenciones sociales dadas) el lenguaje crea y sostiene un entendimiento compartido en ocasiones específicas de interacción.

Por último, en el enfoque de Suchman, decir que la acción emerge de las circunstancias significa dos cosas: que la acción *depende* las circunstancias (esto es la indexicalidad), y que el actuar define el contexto de la acción (esto es la reflexividad). Como sea, la dinámica de las interacciones está esencialmente basada en el lenguaje. La enunciación les permite enraizarse en la situación y define, también, el marco de la acción.

La postura de Suchman puede ser considerada como fenomenológica: uno necesita identificar las propiedades de la acción antes de que esta se haya transformado en un objeto en el terreno racional.

2) El enfoque “ecológico”: el pensamiento práctico

Otros movimientos entran dentro de una perspectiva “ecológica”, desde el momento en que algunas de las tareas (en particular las cognitivas) son transferidas al ambiente. Esto nos llevaría a hablar no de “acción situada” sino de “cognición situada”.

Scribner señala que si estamos de acuerdo en que un experto, en un determinado dominio, utiliza el ambiente más (y más efectivamente) que los novatos, los modelos de pensamiento que solo conciben al mundo como algo representado en la mente, se enfrentarán con problemas intratables al enfrentar cuestiones relativas al pensamiento práctico. Transformarse en *experto* significa explotar los recursos ambientales.

Hablar de una *acción enraizada* en sus circunstancias significa que las representaciones están situadas y disponibles en el mundo físico. La idea central (extraída fundamentalmente de la *psicología ecológica* de Gibson) es que percibimos *directamente* el valor funcional de los objetos y su significación práctica: que debería hacerse, los riesgos y los obstáculos. Se trata de la idea de “**lo permitido**” (affordance), interesada en la percepción, la cual postula mecanismos económicos en el procesamiento de la información (la noción de “affordance” es –de hecho– tomada de J. Lewin y de la Gestalt). *Lo permitido* puede caracterizarse por lo siguiente:

- El objeto es significativo; esta significación está ligada a la experiencia perceptual (particularmente a huellas dejadas por las últimas experiencias).
- Un objeto está inmediatamente asociado con un significado para la acción.

Brooks, por ejemplo, plantea que los expertos difícilmente planean. Utilizan habilidades y reglas o pautas de acción que están enraizadas en la habilidad de distinguir indicios perceptualmente. Así, podríamos hablar de “rutinas”. Una rutina está “situada” porque explota “lo que está a la mano” para la acción. En vez de un razonamiento abstracto sobre las representaciones del mundo, la acción alcanza al mundo directamente mediante la percepción y la manipulación. Tal enfoque trata a las rutinas como “emergiendo de la actividad concreta”.

La noción de *rutinas* subraya una diferencia que frecuentemente ha sido vista como fundamental en los debates que oponen a los enfoques de la *acción situada* con los de la *psicología cognitiva*. Estos últimos postulan que la cognición puede ser definida como una manipulación formal de representaciones simbólicas. En el enfoque ecológico, y particularmente en el más enfocado en la noción de “**lo permitido**”, el acoplamiento ocurre por medio de la percepción en el “ejecutar la acción”. La noción de tratamiento simbólico pierde gran parte de su interés heurístico.

Existe un debate dentro del propio enfoque ecológico: hay quienes dicen que no solo es cierto que los expertos no planifican su acción, sino también que estructuran y preparan sus ambientes. Este esquema postula que la acción es en cierto modo heterogénea: parte de la acción consiste en alcanzar una meta, mientras que otra parte organiza el ambiente para adaptarlo a la acción. Esta es una dimensión *activa* de la acción porque en vez de explotar los recursos disponibles en el ambiente, el sujeto crea recursos por medio de su propia acción. Para dar cuenta de esta distinción entre “lo dado y lo creado”, Jean Lave sugiere distinguir dos elementos en la situación: a) la arena, que es el ambiente espacial objetivo, la situación dada; y b) lo diseñado; por ejemplo la situación construida como resultado de las actividades del sujeto; la situación como producto de la actividad.

3) El enfoque cultural (artefactos y cultura)

El enfoque *cultural* comparte ciertos puntos de vista con el *ecológico*, en particular a través de la noción de “*lo permitido*” y también de la de “*artefactos culturales*” desarrollada por Norman. De la noción de “lo permitido” Norman retiene la idea de que los objetos sirven para controlar la acción. Los “artefactos cognitivos”, por su parte, revelan un foco en el control.

Hutchins trabaja en una línea diferente, ampliando esta perspectiva a lo grupal, el llamado enfoque de la “*cognición distribuida*”, del que importa –fundamentalmente– su rama culturalista que tiene dos puntos centrales:

- Las capacidades cognitivas humanas son tanto artificial como cultural e históricamente determinadas. Más aún: muchos ambientes culturales caen dentro del dominio de conocimiento de prácticas a las que se difícilmente acceda el lenguaje. Esto no implica que desechar la importancia de la cognición humana, pero, como sostiene Hutchins es importante observar que las *tecnologías cognitivas* conforman un sistema (los artefactos son coherentes entre sí, y las tareas cognitivas impuestas a los sujetos son coherentes con los sistemas de artefactos).
- El poder real de la cognición humana radica en nuestra habilidad para construir con flexibilidad sistemas funcionales que nos permitan conseguir nuestras metas mediante la coordinación de “piezas” en una estructura. Esto significa: a) que hay una división de tareas, y b) que el grupo es, en sí mismo, una “arquitectura computacional” que o bien reduce la producción de interpretaciones alternativas, o por el contrario resulta excesivamente productiva, haciendo que la toma de decisiones sea imposible.

Entonces, ¿Qué significa “*situada*” en este enfoque cultural? Que la situación no controla la acción. Sin embargo, la acción está “situada” de dos maneras:

- Al nivel de la ejecución (y particularmente en el del procesamiento de información), dada la distribución de artefactos cognitivos (por ejemplo: medios de información).

- Al nivel del control de la acción (por ejemplo en lo que hace a la definición de metas) por cuanto la definición de objetivos individuales es dependiente de la arquitectura del grupo.

Podemos ahora evaluar el impacto de los enfoques propuestos por los teóricos de la *acción situada*. En varios aspectos se presentan como alternativa al modelo cognitivista: la insistencia en analizar situaciones reales, limitar el rol funcional del planeamiento, cuestionar la manipulación formal de la representación simbólica, etc. Pero, sobre todo, insisten en que la acción es determinada por variables situacionales tendiendo a reemplazar la psicología del sujeto por la psicología de la situación. Y, por cierto, si seguimos a Hutchins, una buena parte de la organización de la conducta es separada del agente y atribuida a la estructura del sistema con el que el agente debe acoplarse. Por tal razón, de Fornel y Quéré tienen razón cuando escriben que “en la *cognición distribuida*, el control de la *acción situada* se debe a una instancia externa en reemplazo del piloto mental de los modelos racionalistas.

Aún cuando no todas las teorías de la *acción situada* comparten la idea de la *cognición distribuida*, existe un común denominador: “*Lo que hace posible el pensamiento individual es la existencia de un ambiente estable de pensamientos, concepciones, representaciones y significados que no “son” de nadie y que provienen de un “espíritu objetivo” respaldado por prácticas sociales, costumbres e instituciones” (de Fornel y Quéré)*. Y, en esta perspectiva, se enfatiza mucho en la funcionalidad de “lo permitido” -o “lo posible” – a través de lo que un individuo detecta como invariantes estructurales que se corresponden con propiedades permanentes del ambiente. “Cualquiera que tenga familiaridad con los modos de hacer y pensar en una cultura, sus costumbres, los objetos y mecanismos que utiliza y sus técnicas y métodos, directa e inmediatamente percibe lo permitido, lo posible” (Quéré) En otras palabras, lo posible o permitido y los artefactos o la estructura de los grupos sociales son pensados como lo invariante de la acción situada. Estos invariantes situacionales organizan la conducta y la actividad del sujeto.

Nosotros creemos que la actividad no puede reducirse a la ejecución de procedimientos aplicados más o menos pasivamente. Aún los movimientos más repetitivos de un trabajador son únicos. “Lo que es invariante es la organización de la actividad, no la actividad”. Claramente, las teorías de la *acción situada* encuentran invariantes en la situación y no en el sujeto (como en el caso de la psicología cognitiva). Como sea, al argumentar que los invariantes de las situaciones explican la actividad, los enfoque situados reducen las distinciones entre lo invariante, lo ya dado, y lo creado en la actividad. Preferimos pensar que es la actividad, única en cada ocurrencia, lo que debe ser confrontado con las situaciones en sus componentes físicos y sociales. Pero no hay tal cosa como *la actividad en sí misma*. Visto desde esta perspectiva, las teorías de la *acción situada* no prestan suficiente atención a los beneficios que pueden derivarse de la distinción entre funcionamiento, respaldado por lo invariante, lo ya construido o dado, y el desarrollo de invariantes en la actividad.

Para Wallon, tanto la psicología de la conciencia como la que pone el acento en lo situacional, permanecen atrapadas en la confrontación sujeto-objeto. Evitar esta contradicción implica asimilar estos dos polos. Para Wallon, solo la actividad los une y opone en simultáneo. Solo en la actividad se da una relación entre lo dado y lo creado. El desenvolvimiento surge de estos conflictos. Lo invariante es, así, una historia disponible para el sujeto, y este va más allá de lo invariante cuando es necesario y posible, no negándolo sino por medio de su actividad.

Entre los diferentes enfoques o modelos que convergen dentro de las teorías de la actividad situada, hay diferencias: mientras que los enfoques interaccionistas subrayan la creación de contextos por vía de un evento focal durante la interacción (en línea con las dinámicas intersubjetivas), los enfoques que parten de la cognición distribuida y lo “posible” subrayan lo invariante de las situaciones, artefactos o grupos.

Así como no hay actividad sin lo dado o sin pre-organización, tampoco hay intercambios sin significaciones inicialmente compartidas. Desde este punto de vista, estaríamos cerca de la idea de Schutz (interaccionismo) para quien las significaciones compartidas, dadas de antemano, son necesarias para la comunicación. Pero con una condición: considerando a la comunicación como la transformación de las significaciones requeridas. Entendemos ahora mejor el porqué el trabajo de Bakhtin (como dice Bender) puede ser leído como una alternativa al interaccionismo: “El diálogo es no solo posible, sino –quizás- se torna vívido cuando la gente no tiene significaciones compartidas. Lo que compartimos no es tan interesante como lo que no compartimos”. Como resultado, la acción supone conciencia compartida no solo de una comunidad de significado sino también de los diferentes significados que cada persona atribuye a esas significaciones. La conciencia de esta diferencia es la fuerza impulsora de la comunicación. Podemos así asumir que el amplio rango de posiciones dentro de grupos heterogéneos de actores, constituye no solo el motor para el desarrollo de sus intercambios, sino –en un sentido más amplio- para el desarrollo de sus actividades. Aprendemos al encontrar algo nuevo, no a partir de algo compartido. La incompreensión y el conflicto son las fuentes reales de la comunicación y el desarrollo.

El desarrollo o desenvolvimiento es una repetición llevada más allá de la repetición, que trasciende a los contextos que renuevan la actividad cotidiana.